

Fecha: 12-02-2005
 Sección: Suplemento Especial
 Página: 4



ALGUNOS CONSEJOS E IDEAS PARA QUE ESE MÁGICO DÍA RESULTE ESPLÉNDIDO

El Árbol del Pan

Este artículo ofrece una visión retrospectiva de cómo era una boda en la Corduba Romana, concretamente en el siglo I después de Jesucristo, según la novela histórica de Desiderio Vaquerizo

LUIS RECIO MATEO HISTORIADOR

Marcia Lucilla acababa de cumplir diecisiete años y sentada en el jardín de su casa, en la Corduba Romana del siglo I después de Jesucristo, reflexionaba profundamente sobre un texto que acaba de leer en una de las Epístolas de Lucio Anneo Séneca. "¿Qué es lo propio del ser humano? La razón: ella es recta y perfecta, colmó su felicidad. Por lo tanto, si todas las cosas, cuando llevan a la perfección, el bien que les es propio, son elogiadas y han llegado al límite de su naturaleza, dado que el bien propio del ser humano es la razón, si la perfección, merece elogios y ha alcanzado el límite de su naturaleza. Esta razón perfecta se llama virtud y se identifica con la honestidad".

Las citadas Epístolas de nuestro inmortal Séneca llenaban siempre de felicidad a esta joven cordobesa que solía no sólo leer, sino igualmente escribir en su jardín, siempre bajo la "castaña que tanto había amado su madre" y que el autor de esta novela llama "El árbol del Pan".

Marcia Lucilla, que se disponía a contraer matrimonio de inmediato con Caio Furnio Fortunato, era inmensamente feliz, ya que aquel apuesto joven acababa de iniciar su cursus honorum, tras haber recibido en Astigi (la actual Écija), el nombramiento de oficial *decurio*, en esa colonia augusta de la Corduba Patricia.

Eran, por tanto, esos novios de hace dos mil años exactamente iguales a los que tras leer estos renglones en la Córdoba del siglo XXI, están preparados para celebrar su próxima boda.

La joven y bella cordobesa poseía una formación intelectual muy superior a cualquier otra muchacha de la Córdoba romana. Marcia Lucilla, sin ser esclava de modas de vestir de la época, se sentía realmente coqueta, y, aunque muy austera, se arreglaba de inmediato cuando sabía que su prometido Caio Furnio Fortunato, quien en un par de días la haría esposa, llegaba de Astigi, finalmente ya, para contraer matrimonio.

Tras haber asimilado durante mucho

tiempo, toda la cultura griega y romana que se estudiaba en la Corduba Patricia de entonces, Marcia Lucilla, buena escritora ya, ante las superficies vírgenes de las tablillas de cera, con su *stilo* que grababa como surcos en la tierra, escribía cosas como estas: "¿Puede la juventud pretender ser merecedora de todos los privilegios, dedicando su tiempo al ocio y la diversión más banales, sin emplearse a fondo, como mínima contrapartida exigible, en su formación y el respeto y cuidado de sus mayores?".

"¿Hacia dónde camina una sociedad en la que la savia más nueva olvida con demasiada frecuencia su responsabilidad ante un futuro que depende en la mayor de las medidas de su educación y capacidad de compromiso?".

"¿Por qué en momentos de grandeza nunca alcanzados, cuando el Imperio extiende sus fronteras hasta los más remotos confines del mundo, y la paz y la riqueza reinan en nuestras vidas, se dejan de lado las virtudes más acendradas del carácter romano?".

"¿Qué fue de la virtud y qué de la piedad? Hoy los jóvenes viven de cara exclusivamente a sí mismos, sin tener en cuenta lo que los padres y la sociedad, la patria y el Estado, esperan de ellos. Olvidando los que fueran valores más arraigados del carácter austero, sobrio y entregado de nuestros antepasados, que no dudaban en aunar esfuerzos ante los retos que les planteaba la vida. Ni tampoco ante el sacrificio personal, de serles requerido, o entender ellos que así contribuían al beneficio familiar o común...". Caio Furnio Fortunato era (escribe Desiderio Vaquerizo): "hijo de una ilustre familia astigitana, vivía deslumbrado por la que joven que un día acertara a verla cruzando el foro, vestida con elegante sencillez, la cabeza ligeramente velada y la mirada baja, camino del mercado. Fortunato, que contaba apenas dieciocho años, sintió que la sangre le hervía, por lo que se las arregló para averiguar con toda rapidez, preguntando a unos y a otros, la filiación de la joven".

Antes de la boda, tal y como era obliga-



Una vista del Templo Romano de la calle Claudio Marcelo, de Córdoba.

do en la Capital de la Bética, la novia se dirigió al templo de Minerva Patriciensis, situado en el viejo foro de Corduba para ofrecerle sus telas de púrpura, bordados artísticos con hilos de plata y oro que ella había realizado por ausencia de su madre muerta, y tras abandonar estas ropas de niña, vestiría en adelante la túnica recta con la que pasaría la noche de bodas, hasta que a la mañana siguiente se firmara el contrato, expresando a Fortunato la promesa de vivir con él para siempre, "mediante la dextrarum coinctio", mientras que los asistentes a la boda, en la que reunirían las dos familias y los invitados, gritarían emocionados: "Feliciter! Feliciter!".

El autor de la novela describe el "final trágico" de Lucilla cuando atravesaba el "cardo máximo, a la altura de las termas mayores. Un carro aparecido desde una calle secundaria, tirado por dos caballos que conducía a toda velocidad un cochero con el rostro oculto bajo una capucha, se le echó encima arrojándola de forma violenta contra el suelo, donde quedó maltrecha, aplastada y muerta. Históricamente sabemos que la boda no se llegó a realizar, y lo sabemos gracias a la grandeza de la arqueología".

Quisiera que estos torpes renglones sirvieran para elogiar la labor encomiable que el autor de esta novela realiza a diario desde su Seminario de Arqueología, con todos sus colaboradores. Independientemente de ellos, otros muchos más, amigos y compañeros de la misma Facultad.

Todos los historiadores, hoy por hoy,

están en deuda permanente con los arqueólogos. Tal vez anteriormente era distinto. Hoy no y un ejemplo claro es este análisis que transcribiré a continuación del monumento funerario romano más importante documentado en Córdoba en el "Funus Cordubensis" y que es una pequeña lámina de plomo enrollada cuidadosamente y adherida a la pared interior del sarcófago que sirvió de caja mortuoria a Lucilla. La transcripción del latín al castellano y posiblemente su padre y Caio Furnio Fortunato mandaran escribir, dice lo siguiente: ¡Oh, dioses infernales, yo os invoco para maldecir el hado funesto que me ha arrebatado a Lucilla. Pero sobre todo maldigo a Sempronio Vibia, que conducía sin hacerlo el carro que la arrebató de mi lado. Que la vida se le prolongue en medio de dolores atroces y vea cómo los gusanos le devoran las entrañas sin estar muerta. Malditos también aquellos que puedan disturbar el descanso de mi niñita. Que el destino final les depara el olvido y un fin no menos cruel que el de mi hija".

Es el "Árbol del Pan", por tanto, una novela histórica en la que un Marcos imaginario en la misma, catedrático de Arqueología en Córdoba, independientemente de las relaciones amorosas que sostiene en su vida, fruto del desencanto amoroso de Manuela, su esposa lesbiana, nos introducirá en la Corduba Romana del siglo I después de Jesucristo, Capital de la Bética Patricia, que conseguirá darnos a conocer mucho mejor nuestra ciudad".